

ménez, que tras sus fuertes muros fue azote de la morisma de los vecinos Reinos de Murcia y Almería, y aquel otro Alfonso de Lisón, que menciona el Romancero como vencedor en los Alporchones.

Los moros consideraron inexpugnable esta fortaleza, y para hacerle frente hubieron de coaligarse hacia el año 1090 las más notables figuras del Islam, entre ellas el Rey Almotamid de Sevilla y Jusuf, el jefe almorávide. No obstante, resistió sus ataques decisivos, hasta que Alfonso VI lo incendió al término de la campaña, aunque después fue reparado por Alfonso X con otros castillos de la comarca.

El pueblo se extiende por uno de sus costados con sus calles pindias, irregulares, de arenisco suelo; cortas y llanas, unas; largas, las otras, en revuelta curva. Y en lo más alto, al pie del robusto torreón, la explanada escombrosa, plaza principal denominada del Caudillo, donde se alzan la nueva Casa Consistorial y la iglesia parroquial, pulcra y espaciosa, que guarda algunas interesantes imágenes, como la de Nuestra Señora llamada de Aledo; la Santa María gótica, devoción de Reyes, que ofrece el encanto de su policromía y de sus emocionados ojos, a cuya imploración es fama que sucedió más de un prodigio milagroso.

Poco hay que ver en Aledo—el más pequeño y recogido municipio de la provincia—, porque en él todo es altura, espacio, paisaje de gran parte de la tierra murciana, que por levante alcanza gran extensión, mientras por el lado opuesto se ve limitado por sierras azules onduladas.

Aledo, en su aislamiento, nos ofrece el caso de un pueblo que aspira a renovarse. Sus moradores tienen no poca disposición para el trabajo y aun para las artes, y por propio esfuerzo va logrando su aspiración económica de vivir de algo más que de la atracción de su historia, de los productos no muy abundantes de su naturaleza agreste y de sus industrias rudimentarias de la alfarería y del esparto.

En cambio, halaga el espíritu este silencio extraño que se advierte a nuestro alrededor. Rara vez suenan aquí ruidos ensordecedores de vehículos ni de industrias ruidosas, porque no llegó a alcanzar aún otros horizontes que éstos, que son maravilla de su panorama a contemplar desde cualquiera de sus plazoletas, muros o rincones, que son como ventanales al espacio.

Y ya en esta contemplación, ¿cómo no sentirse atraído por el ascenso a su alto torreón almenado? Desde su terraza podremos lograr más cumplidamente nuestro afán de horizonte, viendo a nuestros pies las rozagantes huertas totaneras; por fondo, a nuestro alrededor, las laderas verdes de Espuña y de Tirieza,